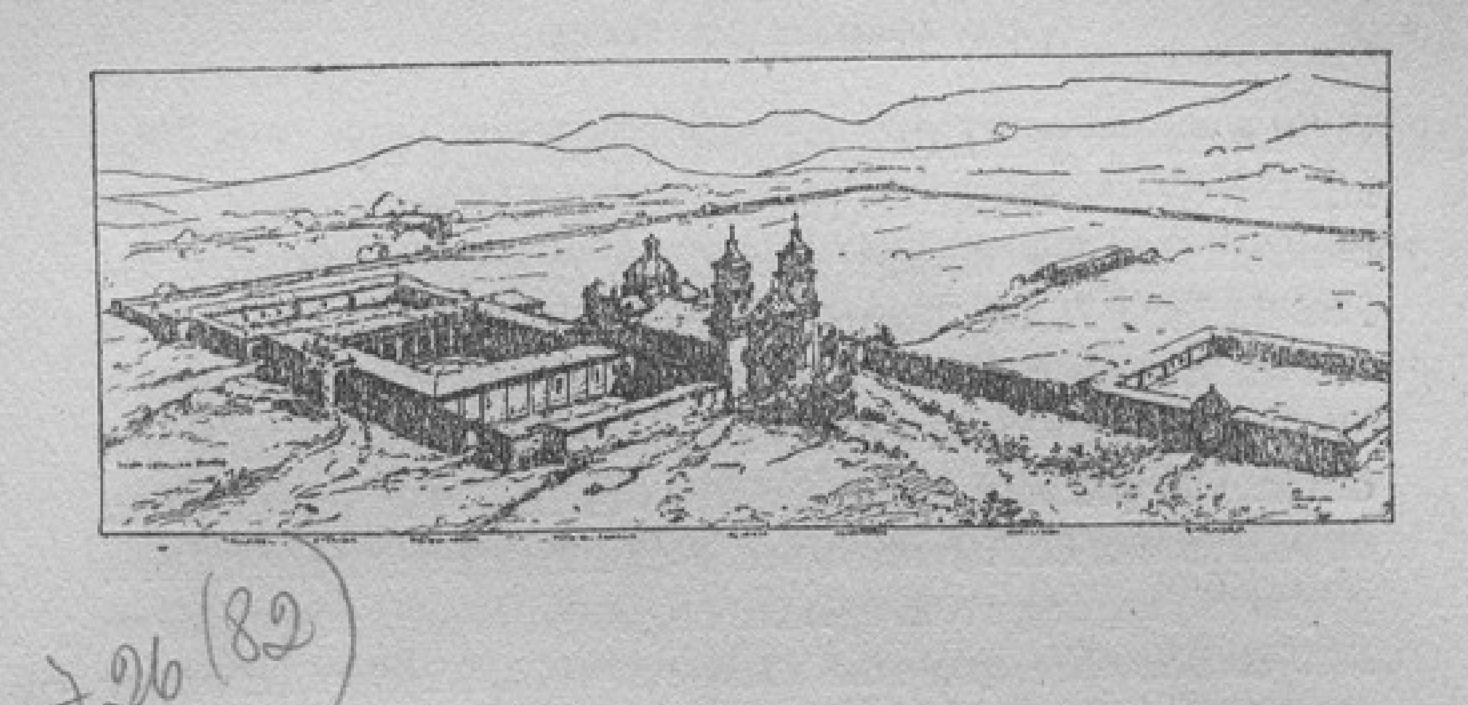


LA ARQUITECTURA EN LAS MISIONES GUARANITICAS

LOS turistas y viajeros que llegan hasta el territorio donde florecieron en otros tiempos las Reducciones de los indios Guaraníes, así en tierra argentina como en paraguaya y brasilera, se hacen lenguas de aquellas imponentes moles arquitectónicas que aún subsisten, aunque en estado de ruinas. En medio de las selvas y abrumadas por la exuberante vegetación de aquellas latitudes pregonan, no obstante, al través de los siglos, la gloria de desconocidos cuanto insignes arquitectos.

Nadie hasta la fecha, que sepamos, se ha ocupado de recordar a los beneméritos Jesuítas que en las selvas misioneras levantaron templos comparables con las viejas catedrales europeas. No todos los pueblos de las Misiones del Paraguay tenían templos de esa suntuosidad y magnitud, pero sí la mayor parte de ellos. Cuando en 1767 sobrevino la expulsión colectiva de todos los misioneros, eran dos los pueblos que tenían en construcción nuevos y suntuosos templos que debían reemplazar los antiguos que hasta entonces habían utilizado.

La mayor parte de las iglesias de Misiones que hoy día subsisten, a lo menos en ruinas, fueron la obra de hermanos coadjutores. Los únicos sacerdotes arquitectos fueron los Padres Juan A. de Ribera y Angel Camilo Petragrassa. Este era italiano de origen y, según sus contemporáneos, maestro inteligente en el arte de construir. Trabajó en las Misiones durante la primera mitad del siglo XVIII. De la época de la expulsión era el P. Juan Antonio de Ribera, natural de Toro, y que a juzgar por la iglesia de Jesús que él construía en 1767 era hombre que entendía en el arte. Sánchez Labrador alude a otro sacerdote arquitecto pero no conocemos su nombre: «Ahora, parte por parte, se señalarán las maderas que son más a propósito para la seguridad y duración del edificio, según lo dejó escrito un celoso misionero Jesuíta en el Paraguay, muy hábil en la Arquitectura, hijo de uno de los mejores maestros de este Arte, que floreció en la coronada villa de Madrid» [1].

¿Alude acaso al citado P. Ribera, en el supuesto de que fuera este Jesuíta hijo del conocido arquitecto madrileño Pedro Rivera?

Estos son los únicos sacerdotes arquitectos que trabajaron en las Misiones. En número y en mérito fueron ciertamente superados por los hermanos coadjutores José Brasanelli, Juan B. Prímoli, Andrés Blanqui o Blanchi, Felipe Lemer, José Gómez, Juan Wolff, José Smid, Juan Krauss, Antonio Harls, Dionisio de Fuente, Francisco Mareca, José del Tasso, Juan Ondícola, Bartolomé Cardeñosa y Antonio Forcada.

A estos arquitectos se debe atribuir todas, o casi todas, las iglesias que poseían los pueblos de las Misiones. Ellos fueron los constructores de los mismos y fueron también los maestros de los indios a quienes iniciaron en el arte, aunque al parecer con poco resultado. El indio tan capaz de toda obra que suponía mera imitación o copia servil, nunca llegó a destacarse en la arquitectura. A lo menos no posee-

(1) Paraguay Natural, parte 2, p. 125. Manuscrito inédito.

mos testimonio alguno al respeto, ni sabemos que obra alguna de esa índole haya sido realizada por un indígena. En la pintura y escultura llegaron a destacarse, pero no en la arquitectura. Nos consta que hubo entre ellos excelentes dibujantes, pintores, doradores, carpinteros, tipógrafos, herreros y escultores, pero hasta la fecha no hemos hallado indicio alguno de que se haya el indio destacado en obra alguna arquitectónica. Es conveniente tener esto presente pues nos evita el andar siempre a ciegas en la atribución de las obras que hasta nosotros han llegado. Es por ejemplo imposible averiguar quiénes son los artífices de las magníficas estatuas misioneras que han llegado hasta nosotros, ya que así los Hermanos Coadjutores, peritos en el arte, como los indígenas enseñados por ellos, nos han dejado centenares de piezas y es absolutamente imposible establecer a quiénes pertenecen, si al artífice europeo o al indígena de estas tierras. No es ese el caso de las iglesias misioneras, como veremos a continuación. Todas ellas fueron obra de los mismos Jesuítas.

Brasanelli era italiano, como lo indica su apellido, y era maestro arquitecto cuando ingresó en la Compañía. En 1718 le hallamos ocupado en la construcción de la iglesia de *Itapúa*, una de las más antiguas iglesias entre cuantas había en 1767. El P. Astudillo escribiendo al P. Roca le decía en carta del 25 de abril de ese año: «Empezóse la iglesia; se ha hecho la mayor parte de los cimientos, levantándose los pilares del presbiterio y labrándose mucha madera, todo bajo la dirección del H. Brasanelli que tiene la obra a su cargo y a un tiempo ejercita todas sus habilidades dirigiendo a los estatuarios; y a los pintores en la vida de N. Santo Padre que hace sacar en cuadros para poner por los corredores de la casa; están ya acabados once cuadros sin otro defecto que el de los colores finos, porque no se hallan».

Según los inventarios de 1767 «todo el cuerpo de la iglesia (de este pueblo de Itapúa) es de tres naves grandes con su crucero, media naranja con columnaje por todas sus naves, bien doradas y jaspeadas, con sus buenos remates y

molduras; el pavimento o bóveda de las dichas tres naves está bien adornado con molduras de arco en arco, doradas, y en sus huecos pintada de pintura fina la vida y misterios de la santísima virgen. En el circuito de la iglesia hay treinta y dos ventanas grandes y medianas, todas con sus vidrieras, con sus arcos de escultura, adornados de colores y oro. Tiene la iglesia siete puertas grandes, bien adornadas, y aseguradas para su resguardo. Tiene también su buen pórtico con columnaje bien labrado y pintado, y el cielo de él adornado con pintura fina. Tiene esta iglesia su sacristía grande, de bóveda de madera, adornada de cajonería grande y pequeña, toda dorada y con varios colores. La bóveda de dicha sacristía está pintada de pintura fina con molduras doradas, y su cornisa adornada con oro y plata y varios colores; y encima de ella algunas imágenes de Nuestro Señor y Nuestra Señora, y veinticuatro entre láminas y espejos medianos».

Azara, que a fines del siglo XVIII vió esta iglesia, decía de la misma que «es de tres naves larga 90 varas sin el presbiterio, ancha 38 y por el estilo de las demás, más pintarrajeada de lo que puede entenderse y con muchas tallas» (1).

Hoy día no quedan ni las ruinas que todavía había en tiempo de De Moussy, o sea a mediados del pasado siglo. «Hasta las ruinas han desaparecido, escribe modernamente B. Capdevielle, y sobre ellas se han levantado casas, se han construído plazas y paseos como si hubieran querido ensañarse los hombres en borrar, en aplastar, en sepultar las huellas heroicas de un pasado que se va eclipsando» (2).

Poco menos es lo que queda en la actualidad de otra de las construcciones del H. Brasanelli. Nos referimos a la iglesia de *Loreto*. De ella nos habla el P. Jaime Oliver en estos términos: «La de Loreto es nueva, grande, con su media naranja, bien pintada, con algunos pasos de la historia

(1) *Viajes inéditos*, Buenos Aires 1873, p. 248.
(2) *Una peregrinación a las ruinas jesuíticas*, Asunción 1923, p. 4/5.

de David: el altar mayor es obra prima, muy grave y hermoso, con diez estatuas primorosas; los cuatro retablos colaterales con muy hermosas estatuas, obras todas del insigne artífice el H. Brasanelli».

Según los Inventarios levantados en 1767 era esta iglesia «edificada en 75 varas de largo y 30 de ancho, con tres naves, crucero, media naranja y presbiterio; paredes de piedra, techo de madera, cubierta de teja y forrado de tabla, en medio punto, pintado y dorado desde el crucero al altar mayor; pórtico con su gradería de piedra, y sobre la puerta principal una estatua de Nuestra Señora. La sacristía tiene catorce varas de largo y ocho de ancho, paredes y techo lo mismo que la iglesia».

Poco es lo que queda de esta iglesia. «Si uno penetra, escribe Capdevielle, en la selva a través de ruinas, a través de zarzales y a la sombra de árboles gigantescos hasta unas murallas, altas todavía, espesas, circundadas de columnas ya rectangulares, ya redondas, colocadas allí como centinelas de piedra, está (el viajero) en la iglesia, reliquia única de Loreto, en cuyo recinto fueron depositados un día los restos del P. Montoya, fundador del pueblo» ([1]).

El mismo P. Oliver de quien es el testimonio antes citado referente al pueblo de Loreto es quien nos ofrece este otro relativo a *San Borja*. «La iglesia de San Borja pudiera parecer en cualquiera parte si estuviera acabada de adornar. La media naranja es bella: las columnas, pedestales, chapiteles del cuerpo de la iglesia puede lucir. Es obra de Brasanelli, como el retablo mayor, muy airoso, ochavado, bella talla y bien dorado. San Borja está como elevado, y desmayado ante el Sacramento todo lleno de nubes y Serafines; en lo restante están las estatuas de nuestros Santos bien repartidos». Por los Inventarios sabemos que tenía esta iglesia tres naves con bóveda de madera y su tejado. Había en ella cinco retablos estando el del altar mayor formando dos cuerpos y todo dorado ([2]).

(1) Una peregrinación, p. 20/21.
(2) Inventarios, p. 30.

«En 1856 ya casi no quedaba nada de la antigua población, escribía Hernández en 1914. La iglesia, que comenzó a amenazar ruina en 1820, fué demolida algo después de 1827; sólo se veían alguna que otra casa en la plaza y el colegio, que servía de cuartel al batallón de la frontera. Hoy no queda de lo antiguo sino la memoria de estar la iglesia edificada dentro del solar de la primitiva; y alguna que otra estatua, en especial la del altar mayor, que es un San Francisco de Borja de gran talla, arrodillado en actitud de adorar la Eucaristía y de muy buena escultura; fáltale la custodia que indudablemente hubo de tener» (1).

Como se colige de éstas y las anteriores líneas era el H. Brasanelli no sólo un buen arquitecto sino además un escultor no vulgar. En una orden del P. Roca, provincial del Paraguay, dejada en la reducción de *Santa Ana* después de la visita de 1726 hallamos estas líneas que confirman las dotes estatuarias de este artífice: «Para el altar mayor se hará otro retablo que ideará el H. José Brasanelli y el que ahora sirve se empleará en otro nicho».

En Santa Ana no fué sólo el retablo citado lo que ejecutó el H. Brasanelli. Suya fué también la obra de la iglesia, una de las más esbeltas y espaciosas que hubo en las Reducciones. En su memorial del 6 de abril de 1724 ordenaba el Provincial que «La torre nueva, para que dejo licencia, se hará bajo la dirección del H. José Brasanelli». Un año más tarde a 20 de mayo de 1725 agregaba el mismo Provincial: «Empréndase la obra de la media naranja y de la prolongación de la Iglesia, con todo lo cual correrá el H. José Brasanelli cuya dirección se seguirá así en esto como en el número de los peones que han de trabajar».

Tal vez no fué Brasanelli quien inició la construcción de esta iglesia, pero como se deduce de estas órdenes del P. Luis Roca, fué ciertamente él quien la terminó. Los *Inventarios* sólo nos dicen que era iglesia de tres naves, media naranja y perfectamente acabada, pero Azara, después de

---

(1) Organización social de las doctrinas, t. 2, p. 278.

advertir que la población tiene un emplazamiento llano, alegre, sobre una colina no de las altas, pero que domina sus inmediaciones que no son muy parejas, escribe que «la iglesia es de las mejores: tiene 85 varas sin el presbiterio y 28 de anchura igualando a la que más en ornamentos y alhajas (1).

Según Hernández: «de la iglesia, apenas se conoce nada» en la actualidad (2), pero sabemos por Gambón (3) que existen aún las columnas de la que fué iglesia de Santa Ana. Este historiador en la p. 112 de la citada obra reproduce una buena fotografía de estos restos venerandos que en la época que él estuvo en las Misiones se reducía a cuatro columnas macizas y sólidas que se levantaban en medio de un campo de malezas. Es todo lo que entonces existía de la iglesia de Santa Ana.

En la misma época en que el H. Brasanelli se ocupaba en la construcción de la iglesia de Santa Ana, atendía también a la construcción de las de *San Javier* y *San Ignacio*. De Santa Ana a San Ignacio no había sino una distancia de seis leguas, mientras que de Santa Ana a San Javier eran unas veinte leguas aunque unidos con buenos caminos.

En el memorial del 19 de junio de 1725 ordenaba el Provincial que en el pueblo de San Javier «se levantará el Presbiterio para lo cual se consultará al P. Angelo Camilo Petragrassa o al H. Brasanelli» y agregaba: «Si la media naranja se reconoce sentida, hágase ovada y se levantará el presbiterio» A estas líneas se reduce cuanto sabemos sobre la construcción de la mencionada iglesia de San Javier y como puede verse no consta que el H. Brasanelli efectivamente trabajara en la obra, aunque es muy probable. Creemos, sin embargo, que ya en 1725 tenía esa reducción su iglesia muy adelantada sino concluída, habiendo sido otro el arquitecto de la misma.

---

(1) Viajes inéditos, p. 153.

(2) Organización, t. 2, p. 276.

(3) A través de las misiones guaraníticas, Buenos Aires 1904.

Lo mismo hemos de decir de la iglesia de San Ignacio miní. En 1724 estaba o muy adelantada o casi concluída, cuando el Provincial ordenó el 28 de marzo de ese mismo año que el H. Brasanelli se trasladara a ella y terminara lo comenzado. ¿Sería el mismo H. Brasanelli quien, años antes, inició esa iglesia de San Ignacio? Es este un punto de interés que no hemos podido averiguar; de interés decimos ya que la iglesia de San Ignacio es de las que mejor conocemos, dados los restos verdaderamente magníficos que hasta nosotros han llegado. Capdevielle, Gambón y Hernández, entre otros, han descrito extensamente las ruinas de esta iglesia. El frente de la iglesia, existente en parte, tenía 18 metros de extensión y «es todavía imponente por su extensión. . . y lo habrá sido también por su arte, con sus entradas regias en que el cincel de los escultores parece haber agotado toda su perfección [1]. Gambón [2] opina que había una escalinata que daba acceso al templo dada la altura de las puertas y los escombros que todavía yacen delante de las mismas. Las puertas son tres y correspondían a otras tantas naves «que hoy han desaparecido con las columnas y techo de la iglesia. La puerta principal tiene 3,37 metros de luz con varias columnas a cada lado, en cuyos capiteles, lo mismo que en la parte de arcada que aún subsiste, se conservan todavía algunos relieves».

«La iglesia medía 63 metros de largo por 30 de ancho. En la pared de la Epístola, a la altura del presbiterio, hay una puerta que comunica con una pieza que da acceso al cementerio. En la pared opuesta, cerca de la entrada, hay una puerta que daba al baptisterio. La puerta lateral dicha tiene por arcada una gran piedra semicircular de una sola pieza y toda esculpida (siendo su extensión de tres metros, 1 metro su anchura y 0,20 su espesor) . . . En el fondo a la parte del Evangelio, frente a la puerta correspondiente al cementerio, se halla la de la sacristía con sus relieves y

(1) Capdevielle, p. 19.

(2) A través... p., 56.

columnas que dan idea de lo proporcionada y esbelta que debió ser toda la iglesia. Tuvo esta una hermosa media naranja pintada y a trechos dorada: el púlpito también dorado, lo mismo que los retablos de los altares que adornaban además numerosas estatuas (1).

Lugones nos habla de columnas góticas (2) al referirse a esta iglesia de San Ignacio, pero ni los que han descrito esas ruinas ni las fotografías abundantes que de ellas tenemos comprueban semejante aserto. Románicas, helénicas y hasta salomónicas, pero góticas no las hay ciertamente en ninguna de las ruinas de Misiones. También el Sr. Lugones encuentra que el dintel es recargadísimo, y en esto tiene razón pero hay que recordar que los Jesuítas no construían sus iglesias para los artistas de nuestro siglo sino para los indios cuya afición a la profusión era enorme. Según Gambón no sólo la iglesia sino el colegio todo estaba profusamente adornado: «Todo el material de estas construcciones eran piedras de asperón rojo o amarillo oscuro, primorosamente labradas, o bien una roca eruptiva, especie de basalto, que abunda en el lecho del Paraná. Lo extraño es que no usaban argamasa, sino que colocaban bloques juxtapuestos; y admira ver cómo los relieves de las columnas, chapiteles y demás adornos, que en abundancia rayana en prodigalidad se hallan en aquellas puertas y paredes, se ajustan con tal exactitud... En mi concepto esas figuras de ángeles, palmas, vides y demás relieves, cuya proporción y exactitud encantan, debieron ser hechas a cincel después de ajustar las piedras en bruto en su lugar correspondiente. De otro modo no se acierta a explicar el ajuste con que se adapta por ejemplo un ala de un angel, cuya mayor parte se halla en el bloque inferior o en el inmediato» (3).

Si tenemos presente que el estilo de esta iglesia en cuanto al lujo de ornamentación se parece a las otras cons-

(1) A través de las misiones, p. 56.
(2) El imperio Jesuítico, Buenos Aires 1904, p. 281.
(3) A través... p., 62.

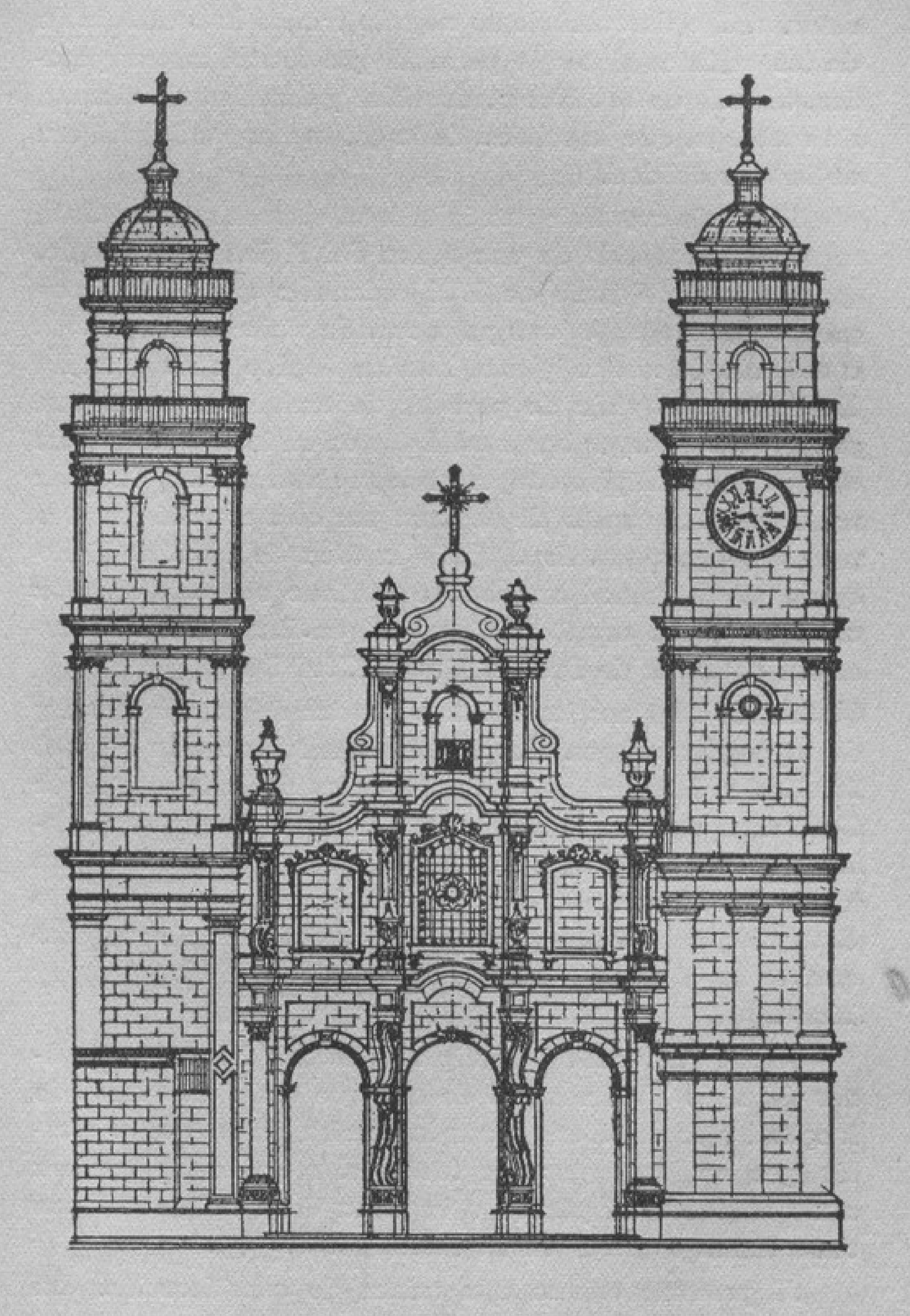
truídas por el H. Brasanelli, no será infundado atribuirle también a él toda la construcción de esta iglesia de San Ignacio aunque el documento antes citado sólo se refiere a la construcción de parte del mismo. Se puede suponer que con anterioridad había Brasanelli levantado lo principal de la obra.

Contemporáneo del H. Brasanelli fué el H. Juan B. Prímoli que llegó a nuestras playas en 1718. También era de nacionalidad italiana, habiendo nacido en la ciudad de Milán. Muchas y muy notables fueron las obras arquitectónicas que fuera de las Misiones levantó este Hermano, tantas y de tal índole que no cabe duda que fué él el más insigne artífice que existió en el Río de la Plata durante la época colonial. Apenas había pisado tierra americana y ya le quería encargar el señor Obispo de Córdoba la terminación de la Catedral de aquella ciudad. Se alegraba el Prelado porque había conseguido «un famoso arquitecto religioso jesuíta, que es lo principal para su consecución y finalización» [1].

En Buenos Aires trabajó en la construcción del Cabildo que aún subsiste [2], y en las iglesias de San Francisco, Pilar o Recoleta, Nuestra Señora de la Merced. En Córdoba, además de haber tenido parte en la construcción de la Catedral, trabajó las galerías del Colegio Máximo, probablemente las actuales del Colegio de Monserrat o de la Universidad, que a la sazón formaban por dentro una sola institución.

Esas construcciones del H. Prímoli son típicamente suyas. Macizas, pero sobrias en ornamentación, mientras su contemporáneo Brasanelli atendía al parecer menos a la solidez y más a la vistosidad. Conviene, sin embargo, recordar que el H. Prímoli pudo disponer para algunas construcciones del uso de la cal que en tiempo del H. Brasanelli no se había aún descubierto en las Misiones, como después

(1) Acuerdos del Cabildo, 11 de Julio de 1718.
(2) Archivo de Indias, 76-1-38.



Diséño del frente de la Iglesia de San Ignacio. — Buenos Aires
(Arq. Mario J. Buschiazzo.)

diremos. Ese descubrimiento no sólo facilitó la construcción de los edificios sino que permitió que fueran menos pesados, además de hacerlos perdurables y duraderos. Notamos, sin embargo, que la calidad de la cal usada por Prímoli era de inferior calidad.

Debió de construir una iglesia en el pueblo de la Cruz, según se desprende de una orden del P. Jerónimo Herrán, quien en 13 de junio de 1731 ordenaba que se tuvieran preparados los materiales para cuando viniera el H. Prímoli a construir la nueva iglesia. Esta no llegóse a levantar. En 1767 existía la vieja de paredes de tapial aunque capaz, pues podía albergar hasta mil fieles en su interior. Sin duda alguna sus múltiples ocupaciones por una parte y la poca necesidad del pueblo de la Cruz por otra retardó primero y se dejó enteramente después la idea de Herrán. Cierto es que el H. Prímoli andaba de continuo ocupado en toda clase de obras arquitectónicas, así en las Misiones como en las ciudades de Buenos Aires y Córdoba.

En las Misiones levantó tres iglesias de primer orden y de magníficas líneas. Nos referimos a las de *San Miguel*, *Trinidad* y *Concepción*. Hablando de las dos primeras decía Cardiel en carta al P. Calatayud: «Las dos magníficas iglesias que dije son de piedra de sillería hasta el tejado, y son las de *San Miguel* y la *Trinidad*, las hizo sin cal un hermano Coadjutor, grande arquitecto y esas no tienen pilares, sino que están al modo de Europa: y todo se blanquea muy bien».

Azara que conoció esta iglesia de *San Miguel* hacia fines del siglo XVIII escribió de ella que tenía «100 varas de longitud y es de sillería hasta la cornisa sin más cal o mezcla que en las juntas por fuera; el resto es de madera como en todas. El pórtico a la plaza tiene siete arcos con otras tantas estatuas en su coronamiento» [1].

Al presente existen aún ruinas de consideración. «La iglesia, a pesar de estar en gran parte arruinada, es un mo-

(1) Viajes, p. 172.

numento lleno de majestad. De estilo greco-romano, sobria en adornos, autorizábala en especial, a fin del siglo XIX, su grandioso pórtico de cinco arcadas, que puede verse en algunas fotografías. Por ese tiempo se desplomó casi todo él; y no obstante, aun en sus restos, pueden echarse de ver sus rectas proporciones y solidez. El arquitecto, hermano coadjutor Juan Bautista Prímoli, hubo de luchar con la dificultad inherente a las Doctrinas, de falta de cal. El remate de los arcos del atrio, dice Gay (1), «era una vistosa balaustrada; y sobre una gradería, también de piedra, que coronaba el frontispicio, elevábase la imagen de San Miguel, acompañada de seis apóstoles a sus dos lados. El cuerpo de la iglesia era de tres naves, con su crucero y media naranja; tenía 350 palmos (73 metros) de largo, por (25 metros) de ancho, con cinco altares de talla dorados». «Todas las paredes, dice Ambrosetti (2), aun la del frente, son de tres metros de ancho, y tienen en su interior galerías con escaleras. Admirable es el ajuste de las piedras, bien aplomadas y trabajadas con mucho esmero. Los arcos del interior del templo son de piedra labrada, formados por cuñas que encajan unas dentro de otras. La torre, de la que aun se conservan tres cuerpos, tiene también escaleras en el interior de las paredes; los trozos de piedra están simplemente ajustados sin trabazón alguna». «Los arcos, cornisas, capiteles, balaustradas, adornos, nichos, columnas, todo está hecho con gusto y con una gran prolijidad». «La vegetación ha invadido el templo; en su interior han crecido árboles gruesos; y en muchas partes se ven grandes excavaciones hechas por los vecinos con el fin de sacar tesoros, hasta ahora sin resultado»... En el día, escribía Hernández en 1903, aunque su obra no llegóse a publicar hasta diez años más tarde, la torre está cuarteada, y otro tanto sucede con los pocos arcos que quedan; de los tres

(1) República Jesuítica, p. 368.

(2) Viaje a las Misiones por el Alto Uruguay, p. 52.

cuerpos de la torre, el superior se va destruyendo» [1]. A. Hans que en 1926 visitó estas ruinas y describió lo que aun queda en pie en nada difiere de lo dicho por Hernández.

La otra iglesia de sillería construída por el H. Prímoli fué la de *Trinidad*. Por demás suntuosas son las ruinas que de ella aún subsisten para admiración de los viajeros y turistas. Los Inventarios de 1767 nos informan que la iglesia de ese pueblo era «de tres naves, de piedra de Itaquí, y sus bóvedas de cal y ladrillo... La sacristía principal de bóveda de cal y ladrillo... La contrasacristía también de bóveda de cal y ladrillo». En tiempo de Azara ya estaba en ruinas, por lo que éste escribe: «La iglesia que según cuentan fué la mejor de Misiones, hace años que se arruinó enteramente porque siendo de sillería y barro con bóveda de rosca de ladrillo y mezcla no pudieron los muros sostener mucho tiempo el empuje por que algunas goteras se insinuaron en el barro». (Viajes..., p. 191). Las ruinas de la iglesia débense más que a la acción del tiempo y de la flora tropical, al hecho de que un administrador del pueblo y de los bienes de los Jesuítas, después de la expulsión de éstos, derribó una arquería que daba consistencia a la mayor parte de la fábrica, que se derrumbó por esta causa.

Capdevielle, que visitó estas ruinas en 1923, nos ofrece estos datos sobre su estado actual. «Llegamos a la iglesia cuyas paredes y bóvedas han logrado vencer, en partes, los asaltos lentos pero constantes del bosque. Esta iglesia de menores proporciones con relación a la primera (que tuvo el pueblo y que aún subsiste en parte), pero de una arquitectura más acabada, había sido edificada en 1744 por el hermano coadjutor Prímoli, un milanés... La iglesia consta de tres partes: la nave central casi tan ancha como larga y dos capillas laterales situadas a cada lado del lugar que ocupó el altar mayor. La bóveda de la nave central ha desaparecido por completo y los árboles se han dado cita en ella; en cuanto a las bóvedas de las capillas late-

(1) Organización social de las Doctrinas, t. 2, p. 279/280.

rales armadas con cal y ladrillos, están las dos medio abiertas como si un cañonazo formidable las hubiera perforado; pero había sido tan perfecta la construcción, que lo restante se sostiene todavía como por un milagro de equilibrio. La iglesia notable por su solidez y por la elegancia de su construcción, lleva todavía en sus paredes algunas esculturas y hasta rastros de pintura. En medio de la nave central está un subterráneo abovedado de 1,70 metro de ancho y 1,20 de alto» (1).

La iglesia de Trinidad fué terminada en 1747 y en el curso de ese mismo año terminó santamente su vida el H. Prímoli mientras estaba en el pueblo de Candelaria ocupado en otras obras de su especialidad. Fué su deceso a 15 de septiembre de ese año. Las construcciones que levantó en el territorio de las Misiones y las que gracias a su talento y habilidad surgieron en Buenos Aires y en Córdoba han inmortalizado su nombre. En la historia colonial del pueblo argentino no existe el recuerdo del arquitecto más fecundo y de más sobrio gusto artístico.

Siete años antes había fallecido en Córdoba otro compatriota de Brasanelli y de Prímoli tan experto como ellos en el arte arquitectónico. Nos referimos al H. Andrés Blanqui o Blanchi. Comenzó la construcción de la iglesia de las Catalinas en Buenos Aires, participó en la fabricación de la del Pilar o Recoleta, en parte a lo menos edificó la iglesia de Jesús María en Córdoba, construyó muchas de las piezas o salas del colegio de Monserrat, debió de ir a terminar la construcción de la iglesia de Santa Fe, según lo habían ordenado varias veces los Superiores, pero nunca pudo ir a causa de sus muchas ocupaciones, él además hizo los planos de la iglesia de San Telmo o Belén como antes se le solía llamar y que todavía existe en la ciudad de Buenos Aires. Su labor en Córdoba fué enorme. Bien lo manifiesta esta orden del P. Aguilar, Provincial de la Provincia del Paraguay, cuya fecha es de 20 de abril de 1734:

(1) *Una peregrinación a las ruinas jesuíticas*, p. 10.

«En viniendo el H. Andrés Blanqui dirigirá la obra de este colegio, y la del colegio convictorio, y también la de Alta Gracia, Ihs. María, y San Ignacio de los Ejercicios, de suerte que en ninguna se le precise a que trabaje personalmente, sino solo, a que cuando fuere necesario, vaya prontamente dho. Hermano a todas y a cada una de ellas para dirigirlas. Pídase al H. Blanqui la planta de la Estancia de S. Ignacio, y consúltese con los consultores ordinarios y *ad graviora*, y si el mayor número de los votos juzgare, que es decente y fácil de executar, se le avisará al P. Martín López para que la empiece luego. Dedíquense luego dos muchachos de los más hábiles para que aprendan el oficio de albañil, sacándolos, si fuere menester, de cualquier oficina, adonde se hallen; y no se ocupen en alguna otra cosa, sino que siempre anden con el Hermano Blanqui, acompañándole en todas partes, para que dho. Hermano los vaya enseñando».

En 1738 estaba el H. Blanqui en las Misiones pero en vano hemos procurado indagar en qué obras arquitectónicas empleó sus talentos y habilidades. Sospechamos que él o el H. Primoli construyeron la Iglesia de *Concepción*, que en 1817 sufrió el incendio, saqueo y devastación de Chagas. En 1872 duraban todavía la fachada de la iglesia antigua y las dos torres, y se conservaba parte del interior. En la fachada se encontraban hasta seis estatuas de santos, dispuestas en dos series escalonadas, y ante ellas solía acudir la gente a hacer sus rezos y devociones, ya que lo interior de la iglesia estaba inutilizado. Pero en 1882 un funcionario local empezó a demoler la fachada; y para que fuese mayor la enormidad, hizo caer al suelo las estatuas, haciéndolas enlazar y derribar a tirones, con pretexto de que habían de llevar a algún Museo [1]. Según asevera el P. Cardiel era esta la única iglesia de las Misiones que tenía cinco naves.

Contemporáneo de estos tres hermanos italianos fué el Jesuíta alemán Juan Kraus, bien conocido por la construc-

(1) Organización, t. 2, p. 275.

ción de la iglesia de San Ignacio en la ciudad de Buenos Aires. El antes citado Hermano Prímoli tuvo también parte en esta obra, como nos manifiesta el P. Gervasoni, y la tuvo también otro arquitecto de la Colonia, el Hermano Juan Wolff. Probablemente éste terminó la labor iniciada por Kraus y continuada por Prímoli.

Durante algunos años, pocos al parecer, estuvo Kraus en las Misiones. A principios del siglo XVIII y en compañía del P. Antonio Sepp edificó la iglesia del pueblo de Santo Tomé, de la que en la actulidad no queda rastro. Una pileta, que parece fué lavatorio de la sacristía, se halla actualmente en el Museo Histórico del Colegio del Salvador de Buenos Aires. Lo poseía una persona particular y ésta lo donó al P. Vicente Gambón.

Mejor suerte han tenido las ruinas de otra iglesia construída por el mismo Hermano Kraus y en compañía del citado P. Antonio Sepp. Es esta la iglesia de *San Juan*. Sus ruinas yacen en medio de un tupido bosque en tierra actualmente brasilera. Hernández, que las visitó a principios de este siglo, escribía después que «en el bosque, formado como en todas las antiguas Reducciones sobre los escombros, se ven restos abundantes de basamentos y trozos de columnas. Manténense en pie las paredes de la iglesia, pero completamente ha invadido la vegetación el espacio comprendido en ellas y todos los alrededores, formando un espeso matorral. Se han ido sacando de allí muchísimas piedras para trasportarlas lejos y construir con ellas, y quedan muchas más. A la puerta de la iglesia, como extraordinarias por su labor, se han puesto, sostenidas por otras piedras informes, dos lajas con los monogramas de Jesús y María. . . Está cada monograma incluso en su escudo, adornado con profusión de dibujos (1).

En la época de la expulsión de los Jesuítas por Carlos III había tres arquitectos en la Provincia del Paraguay. Era uno de ellos el Hermano Antonio Harl o Harls que había ve-

(1) Organización social, t. 2, p. 278/279.

nido al Río de la Plata en 1748 y que al tiempo de la expulsión se hallaba en Córdoba. Era el segundo el Hermano Juan Ondícola. Así le denomina el P. Vergara, último Provincial de la Provincia del Paraguay, en su «Catálogo de los sujetos, son sus nombres patrias y oficios». No hallamos, sin embargo, el tal apellido en ninguno de los Catálogos de la época, ni en el de González. Nada extraño que no aparezca en este Catálogo, tenido generalmente por muy completo, ya que tampoco aparecen en él los nombres de los Hermanos Blas García, José Grimau y algún otro.

A uno de estos arquitectos, al P. Rivera hemos de atribuir la construcción de la iglesia de la reducción de Jesús que en 1767 estaba muy adelantada. En los inventarios de 1767 leemos: «La iglesia por un lado está ya acabada la cornisa, y del otro, hecho un pedazo o tramo de ella, y toda ella estuviera ya por concluirse, si no se hubiera ofrecido este embarazo» de la expulsión. Así escribía el P. Juan Antonio de Rivera en octubre de 1768, y sus frases parecen indicar la pena que sentía al dejar su obra sin terminar.

Hablando de esta iglesia inconclusa escribía Lugones después de su viaje a las Misiones que en ella «iban a ensayar los Jesuítas el gótico puro, construyéndola también con mayor solidez que las otras, pues estaba toda asentada en cal. Sus murallas adentelladas, sus pilares truncos, las junturas desbordando aun la argamasa, los sillares a medio desbastar, de los cuales diríase que acaba de saltar los tasquiles, parecen indicar los trabajos próximos. Casi siglo y medio ha corrido desde que la dejaron como está; pero la construcción era tan sólida, que podría continuársela sin ninguna refacción. Su baptisferio estaba ya abovedado, y en él habita ahora un matrimonio de campesinos paraguayos. Su arquitectura iba a ser muy suntuosa, con rosetones ojivales y decorados dinteles, a los que sirven de cabíos trozos de asperón [1].

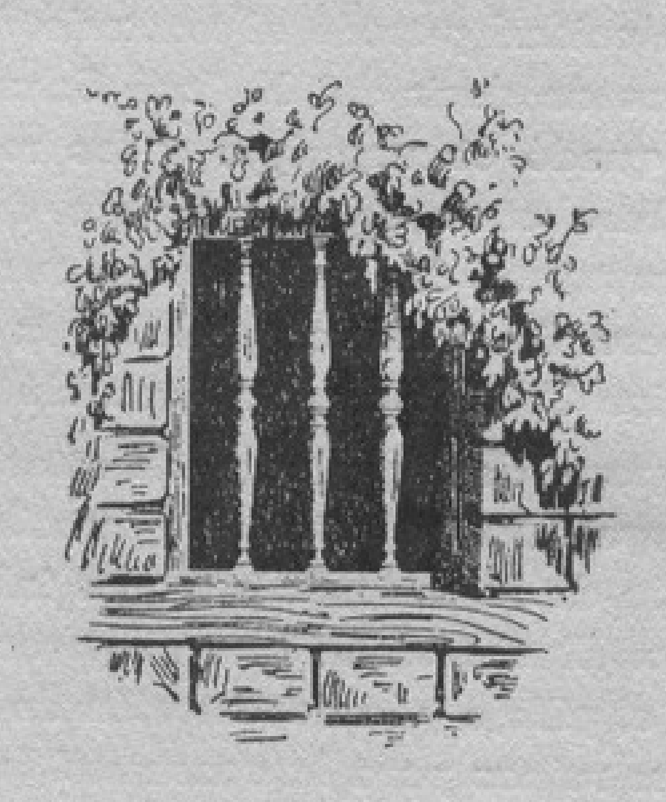
Sabemos por el P. Muriel [2] que era Rivera el artífice de esa obra y que la construyó con cal de mediana calidad

(1) Imperio jesuítico, p. 285.
(2) Historia de la Provincia del Paraguay, Madrid 1918, pág. 463.

hallada por el misionero en las cercanías de Jesús. Fué el primero en emplear la cal. Del Hermano Ondícola nada sabemos en concreto, como tampoco del Hermano Francisco Mareca fallecido en 1743, del Hermano Felipe Lemer que murió en 1672 y a quien tal vez corresponda la gloria de haber sido el primer arquitecto que hubo, cronológicamente hablando, en las Misiones. Poco o nada en concreto es lo que sabemos de la obra del Hermano Dionisio de Fuente, natural de Marechena, que llegó al Río de la Plata en 1680. Un tal Hermano José Gómez construyó en 1739 la iglesia de el Valle en Tarija, allá por los años de 1740, y el H. Juan Wolff que también era arquitecto corrió con la parte de carpintería y ebanistería. Este último construyó, en gran parte a lo menos, el colegio de San Ignacio en la ciudad de Buenos Aires, pero no tenemos noticia de que hubiese en alguna oportunidad pasado al territorio de las Misiones. Lo mismo hemos de decir del H. José Schmid cuya labor arquitectónica quedó circunscripta a las regiones del Río de la Plata. Entre otras cosas sabemos que edificó una casa en la plaza misma de Buenos Aires, aunque no es fácil señalar cuál fuera. Su principal gloria es la de haber construído el histórico Cabildo de la misma ciudad.

La mayor parte de las iglesias de estos pioneers de la arquitectura argentina, paraguaya y brasilera son al presente un montón de ruinas más o menos informes como ya hemos relatado. El abandono que sufrieron los pueblos a partir de 1768, el pillaje y la devastación de los vecinos que se valían de las ruinas para la construcción de sus propias casas, el hecho de que la mayor parte de esas iglesias era de adobe o de sillería sin argamasa, la vegetación exuberante y casi tropical de la zona han sido los elementos de desolación y ruina que han asolado los templos de Misiones. Tal vez sea la vegetación el factor que más ha contribuído a la ruina de las iglesias aun de las más sólidas. No habría sido el caso si ellas hubieran sido construídas con argamasa. Lo prueba la iglesia inconclusa de Jesús, que está tal cual la dejaron los Jesuítas.

Del arte de estas iglesias nada diremos. Había, sin duda alguna, para todos los gustos y no es de extrañar. Unas fueron obra de arquitectos italianos, otras de artífices alemanes, algunas de maestros españoles. Unas fueron construídas a principios del siglo XVIII o a fines del anterior, otras a mediados de aquel siglo; todas fueron construídas para devoción de los indígenas y esto explica, más que nada, la razón de la exuberante ornamentación que en todas ellas había.



GUILLERMO FURLONG C.